

Subjetividades contemporáneas. Dinámicas sociales y configuración de las nuevas generaciones

Subjetividades contemporâneas.
Dinâmicas sociais e configuração das novas gerações

Contemporary subjectivities.
Social dynamics and configuration of new generations

Diego Hernán Arias Gómez*

* Profesor de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Grupo de investigación Amautas. Licenciado en filosofía. Magister en Sociología de la Educación. Estudiante Doctorado Interinstitucional en Educación. Correo electrónico: dhariasg@udistrital.edu.co

El texto es una reflexión teórica, parte del proyecto de investigación "Educación ciudadana: relatos de la exclusión" financiado por el Centro de Investigaciones de la Universidad Distrital y de la tesis que el autor adelanta en el Doctorado Interinstitucional en Educación, sede Universidad Pedagógica Nacional.

Resumen

Desde una mirada sociológica, el artículo analiza distintas formas de configuración de las subjetividades contemporáneas en su relación con algunas instituciones sociales. El estudio ofrece una mirada de la dinámica social en la historia reciente y su acción sobre los sujetos concretos. Estos dos puntos de análisis se proponen para ayudar a graficar las dinámicas sociales y las distintas subjetividades propias de las nuevas generaciones, infantiles y juveniles, configuradas en los últimos tiempos.

Palabras clave

Subjetividades, infancia, jóvenes, cambios culturales.

Resumo

Desde um olhar sociológico, o artigo analisa distintas formas de configuração das subjetividades contemporâneas na sua relação com algumas instituições sociais. O estudo oferece um olhar da dinâmica social na história recente e sua ação sobre sujeitos concretos. Esses dois pontos de análise se propõem para ajudar a desenhar as dinâmicas sociais e as distintas subjetividades próprias das novas gerações, infantis e juvenis, configuradas nos últimos tempos.

Palavras chave

Subjetividades, infância, jovens, mudanças culturais.

Abstract

This article looks for reporting on different forms of configuration of contemporary subjectivities in the crossing of their interaction to some social institutions from a sociological view. It means, it is about observing a social dynamic in function of its action on some concrete individuals through recent history. These two points of analysis can help to show some social dynamics and different subjectivities belonging to new children and teenagers' generations which can have been profiled lately.

Key words

Subjectivities, childhood, young people, cultural changes.

Fecha de recepción: 1 de marzo de 2012

Fecha de aprobación: 17 de septiembre de 2012

"Los cambios radicales en la estructura social (como por ejemplo, los cambios provocados por la Revolución Industrial) pueden desembocar en cambios concomitantes en la realidad psicológica. En ese caso, pueden surgir nuevas teorías psicológicas, en razón de que las antiguas ya no explican adecuadamente los fenómenos empíricos que se producen".

Berger y Luckman, 1968, p. 223.

A tono con la frase del epígrafe, se ubica el presente ejercicio como un intento por entender parte de las crecientes desubicaciones y malestares que viven los sujetos de esta generación, jóvenes y niños, a la vez que entender la proliferación de lecturas que se dan a propósito de esta crisis. Malestar no siempre evidente, pero en cuyos signos es posible interpretar una época incómoda con los cánones de clasificación anteriores, y unos individuos con nuevas posibilidades de acción pero también con nuevos matices de subjetividad.

A fuerza de parecer evidente, para efectos de lo que viene y de ubicar en el contexto general del presente escrito, conviene insistir en la naturaleza social del ser humano. No hay ninguna esencia en el ser humano, el hombre y la mujer son seres históricos, no predeterminados, abiertos, en construcción, en interacción con los otros y con el medio que les rodea.

Afirmar la historicidad del ser humano quiere decir entre otras cosas que los comportamientos, pensamientos y valores que tiene en algún momento, dependen fundamentalmente de la situación que le corresponde vivir, y esto es válido tanto en el pasado como en el presente. Este principio no sólo conduce a la necesidad de contextualizar las aseveraciones del sujeto en la historia para comprenderlas, sino de entender al sujeto en su historia para contextualizarlo. Las escalas y los gestos pretéritos es necesario sopesarlos en el ambiente en el que se dieron, otear las fuerzas, las presiones y las coyunturas que los determinaron; ello hace parte de los hechos mismos de este pasado. Es así que por ejemplo, para explicar el pensamiento medieval o del hombre corriente del siglo XV, hay que recurrir inevitablemente a unas lógicas que marcaron ese momento, como el dogmatismo religioso (socialmente aceptado), la jurisprudencia de la inquisición (políticamente impuesta), el modo de producción feudal (económicamente imperante) para comprender mejor lo que sucedía.

Decir que el hombre es un ser histórico, supone reconocer que se da una adscripción social y dentro de ella, a los grupos que conforman una sociedad, y que

este movimiento ayuda a configurar enormemente la subjetividad de los individuos. Lo expresa Bauman, al ubicar la ambivalente función de la sociedad que posibilita ser, pero que a la vez limita, pues "por una parte me *permite* ser libre; por la otra, me *restringe* trazando las fronteras de mi libertad" (1990, p. 28).

Tener en cuenta la inclinación social del ser humano no es simplemente constatar la necesidad física de los otros para la obtención de los insumos necesarios para la sobrevivencia material, que no es poco, es además, constatar que el arsenal de conceptos, ideas, valores y símbolos que maneja y le permiten, a unos más que a otros, hacerse con el mundo, le fueron legados de otros y otras que inevitablemente le antecedieron en la sociedad.

Somos seres sociales, "hijos del tiempo que nos toca vivir" (Gimeno, 2001, p. 34). Gracias a la sociedad no sólo se adquieren los códigos y pautas de comportamiento para desenvolverse y sobrevivir en el medio, sino que dicho conjunto simbólico define la mayor parte de los límites y los alcances de lo que el sujeto puede entender y transformar.

No hay identidad personal que no sea al mismo tiempo y por lo mismo identidad social. Se es Juan, María o Rodolfo, pero se es también Rodríguez, Segura o García: junto al nombre personal y como esencial complemento, el nombre social, el apellido indicador de la vinculación y pertenencia social (Martín-Baró, 1997, p. 117).

El nombre de cada quien sella el vínculo con una pequeña comunidad familiar cuyos ancestros, en medio de una decisión en apariencia caprichosa, legan una distinción individual que supuestamente escogen, pero que expresa también el gusto y la marca de una época y finalmente una selección social. Los nombres, entre otras cosas, hablan de las sociedades en medio de los cuales se dan, por ello se entiende que algunos pasen de moda, que otros se popularicen, pero todos dicen de los modos y gustos sociales.

La sociedad se nos impone, es ella "quien dispensa, en grados diferentes, las justificaciones y las razones de existir; ella es la que, al producir las posiciones o los asuntos llamados *importantes*, produce los actos y los agentes considerados *importantes*" (Bourdieu, 2002, p. 56). La fe, la trascendencia, la virtud, la moral, la patria, el honor, ahora la fama, el poder, el dinero, fueron los unos y son los otros horizontes perseguidos por los hombres y las mujeres, en tanto valores socialmente legítimos e institucionalmente aceptados e impulsados.

Podemos afirmar entonces que los modos de producción de subjetividad tienen que ser ubicados

en y relacionados con las formaciones sociales de cada época. En este sentido, cada uno lo es de su tiempo y de las particularidades bajo las cuales piensa, se reconoce, actúa y en últimas construye una identidad (Mejía, 2004, p. 152).

Vamos, pues, consciente o inconscientemente, un poco más allá o un poco más acá de lo que el ambiente en el que estamos inmersos lo permite, nos movemos en unas fronteras, para bien o para mal. Sin embargo ello no debe traducirse en la reproducción mecánica y plana de las condicionantes sociales en la vida de las personas, ya que siempre existen márgenes de maniobra y posibilidades de digresión, simplemente indica el marco de los límites concretos del pensamiento y la acción.

Pero la sociedad no obra en el aire, no es una abstracción; ella actúa por medio de instituciones¹, de aparatos que encarnan sus intenciones. La familia, el Estado, la Iglesia, la economía, el ejército y la escuela son sistemas permanentes y organizados que instituyen pautas normativas que satisfacen una necesidad social. Estas instituciones históricamente se han encargado de replicar en lo micro los dispositivos sociales que definen lo grueso de las maneras de pensar y actuar de los sujetos, en el marco de una formación social vigente y como producto de la puja de fuerzas e intereses en juego.

Como se dijo, esta especie de introyección de lo social en lo individual no es lineal, está supeditada a una suerte de complejidades y particularidades que dependen de muchos factores objetivos y subjetivos. En este sentido, escribieron Berger y Luckman que los sujetos “seleccionan aspectos del mundo según la situación que ocupan dentro de la estructura social y también en virtud de sus idiosincrasias individuales, biográficamente arraigadas. El mundo social aparece ‘filtrado’ para el individuo mediante esta doble selección” (1968, p. 166-167). Quizá quien mejor explicó este proceso fue Pierre Bourdieu, con su concepto de *habitus* indicó el proceso mediante el cual lo estructural se individualiza. La acción no es producto de las conciencias individuales ni de la sociedad en abstracto, sino que está entre “la historia objetivada en las cosas, en forma de instituciones, y la historia encarnada en los cuerpos, en forma de disposiciones duraderas” (Bourdieu, 1990, p. 69). El *habitus* ‘programa’ el comportamiento de los individuos, de manera que las preferencias, los gustos e inclinaciones

1 Se entiende por institución aquellas prácticas sociales tipificadas y repetitivas compartidas por la sociedad, que fungen como tales gracias a su perduración en el tiempo en la medida que se comparten, son accesibles a todos los integrantes de determinado grupo social y producen determinados roles (Berger y Luckman, 1968).

de las personas son ‘estructuras sociales encarnadas’ que recrean dentro de sí las influencias y las fuerzas organizadas de su ambiente.

Esta lectura evita caer en el objetivismo que ve en las acciones individuales un mero reflejo inmediato de las dinámicas macrosociales, y por tanto a los individuos como reproductores pasivos de los condicionantes externos; pero también esquivo el subjetivismo que gusta explicar las acciones a partir de la voluntad absolutamente libre e incondicionada de los individuos, independientemente del contexto y de los influjos de la sociedad (Ej: la ingenua frase del “querer es poder”). El *habitus* tranza en esta dicotomía a favor de *cuerpos socializados* cuya acción diaria depende de experiencias biográficas individuales en tensión dialéctica con modos de recreación propios de los modelamientos estructurales.

Este rodeo preliminar permite identificar el peso de lo social como configurador de la subjetividad, entendida como aquella particularidad del sujeto que le posibilita entender el mundo, hacerse con lo real (Corea, 2005), es decir, la subjetividad pasa por la serie de acciones realizadas para habitar, pensar y actuar en la sociedad. La idea de que la subjetividad es una configuración práctica no sólo supone que es un conjunto de operaciones realizadas, repetidas, inventadas, sino que demarca la imagen del yo, el imaginario que produce sentidos, el horizonte de deseos y aspiraciones (Duschatzky y Corea, 2002). Al decir de Torres, no hay plano de la realidad que pueda pensarse sin subjetividad, pues

(...) está presente en todas las dinámicas sociales y en todos sus ámbitos: tanto en la vida cotidiana y los espacios microsociales como en las realidades macrosociales, tanto en la experiencia intersubjetiva diaria como en las instituciones que estructuran una época o una formación social determinada (2006, p. 94).

Subjetividad moderna

Si lo que se quiere es establecer un cruce entre las instituciones sociales y los sujetos de las nuevas generaciones, para que se haga visible un acercamiento a las transformaciones en curso y a las tensiones que este movimiento provoca en la formación de la subjetividad, entendida como un “conjunto de instancias y procesos de producción de sentido, a través de los cuales los individuos y los colectivos sociales construyen y actúan sobre la realidad” (Torres, 2006, p. 91), conviene una mirada retrospectiva. Tiene que ver con la manera como el sujeto asimila las normas, valores, creencias, lenguajes y formas de captar el mundo, “conscientes e inconscientes, cognitivas, emociona-

les, volitivas y eróticas, desde los cuales los sujetos elaboran su experiencia existencial y sus sentidos de vida” (Torres, 2006, p. 91), y agregaríamos, en un contexto social e históricamente determinado. Para el autor, la subjetividad cumple varias funciones: 1) *cognitiva*, pues da un marco para entender la realidad; 2) *práctica*, en tanto orienta la experiencia, y 3) *identitaria*, ya que contribuye con los materiales para edificar el marco de pertenencia social.

La tensión entre la sociedad y los individuos no siempre se ha expresado de la misma manera, es decir, el peso de lo social a la hora de definir los comportamientos individuales ha variado a lo largo del tiempo.

El equilibrio entre la identidad del yo y la identidad del nosotros ha experimentado un cambio notable desde la Edad Media europea; cambio que, muy brevemente, podría resumirse así: antes el equilibrio entre la identidad del nosotros y la identidad del yo se inclinaba más hacia la primera. A partir del Renacimiento el equilibrio empezó a inclinarse cada vez más hacia la identidad del yo (Elias, 1990, p. 226).

En otras palabras, a lo largo de la historia el sujeto ha tenido que hacerse cada vez más cargo de sí mismo.

Remitirse a la subjetividad moderna implica reconocer un deslizamiento progresivo hacia el “yo” en la modernidad, a partir de su contraste con la del Antiguo régimen para identificar rupturas y continuidades. Esbozar la transición de la sociedad medieval a la moderna y a la contemporánea, siguiendo a Elias, significa graficar un cambio del nosotros hacia el yo, o en palabras de Durkheim (1985) el paso de la solidaridad orgánica a la solidaridad mecánica.

La fortaleza de las instituciones medievales o las creadas bajo su influjo produjo unas subjetividades homogéneas, rígidas, con un horizonte y un papel claro respecto al ser y al deber ser. Los valores no estaban supeditados a discusión y el dogmatismo de la fe garantizaba un consenso social respecto al sujeto a edificar. Además las largas y reiteradas repeticiones de las pautas sociales reforzadas por años de permanencia se materializaban, sin grandes altibajos, en *habitus* definidos y homogéneos.

La modernidad, aproximadamente a partir del siglo XVI, pese a la crisis que representó respecto al pasado en el imaginario colectivo y a los cambios que generó, ofreció un nuevo “pegamento social”, un nuevo Dios (la razón) y una nueva iglesia (el Estado-nación). Ellos posibilitaron la confluencia de las instituciones que ahora tenían como tarea esculpir el nuevo ciudadano que las repúblicas nacientes requerían.

Es así que la subjetividad moderna tenía claros sistemas de contención, en todos los sentidos de la palabra. Contení, en tanto la función socializadora de las instituciones modernas consistía en reprimir, vigilar y castigar (Foucault, 1990) los comportamientos desviados, indeseados o anormales de las, consideradas, hordas bárbaras y salvajes. Aquí la palabra contener tiene el claro significado de frenar, detener, parar. Pero a su vez, también contenían a los sujetos en el sentido de soportarlos, albergarlos, darles seguridad, cobijo, protegerlos de la intemperie. El lazo social (que en muchos casos podía convertirse en sogas de cadalso) representaba la red que sostenía a los individuos. Por ello era concomitante a los Estados modernos el sistema público de escuelas, de hospicios, de salud, etc. Artilugios todos, ya casi olvidados, propios del Estado de bienestar y cuya presencia, por cierto, fue evidentemente fragmentada, insípida y variable en América Latina.

En unos más, en otros menos, la preocupación en los Estados por los más desfavorecidos impulsó en su momento la masificación de la escolarización, la atención a la niñez, la protección en la vejez o la salud obligatoria, también el trabajo para todos e incluso la recreación como objetivo social. Cabe indicar que en la mayoría de países de América Latina dichas mieles fueron una promesa incumplida ya que la modernidad se impulsó de espaldas a las complejidades domésticas provocando la yuxtaposición de lógicas e instituciones que dejaron ver, por ejemplo, alta industrialización en ciertas ciudades al lado de formas precapitalistas de producción, o burocratización de los aparatos del Estado al lado de clientelismo, gamonalismo y caudillismo en lo político, o alta modernización arquitectónica en sectores urbanos junto a cinturones de miseria producto del hacinamiento, el desplazamiento y la violencia. Independientemente de estas materializaciones, la modernidad, como ideal, como representación, como imaginario social²

2 En todos los *imaginarios sociales* está presente un orden moral, ligado o no al sistema imperante, se entiende por ello que sea histórico, que se transforme a lo largo del tiempo. Influencias de teorías, coyunturas, imposiciones, adaptaciones e improvisaciones hacen parte del lento y dinámico camino que recorre. El *imaginario social* no está exento de juegos de poder por imponer significados, pues si bien “a cada paso encontramos casos donde los imaginarios sociales modernos, ya no definidos como tipos ideales, sino como realidades vividas por tal o cual grupo, se tiñen de ideología y falsedad” (Taylor, 2004, p. 212) este no funge solo como ideología, en la medida que hace posible prácticas que a su vez le dan sentido, le legitiman. O mejor, articulando las ideologías que los inspiran, los imaginarios sociales contribuyen a configurar prácticas y conjuntos de valoraciones sobre el mundo, el grupo y la vida propia, expresadas fundamentalmente de manera inconsciente en la vida cotidiana de los sujetos de una sociedad histórica particular.

insinuó poderosamente un tipo de subjetividad que permeó la sociedad entera.

Si, como bien dice Gimeno (2001, p. 33), “cada uno de nosotros somos una construcción hecha con los ‘materiales’ que ofrece la cultura”, entonces en la modernidad, la cultura nos proporcionó unos elementos discernibles en varias dimensiones. En lo económico, efecto de la industrialización, provocó escalas claras de autoridad y jerarquías, tiempos rígidos de trabajo, horarios definidos y roles delimitados. El trabajo repetitivo y mecánico, los contratos indefinidos (o su promesa) y la seguridad a largo plazo que generaba, dejaron huellas en la formación subjetiva moderna (Sennett, 2006). En lo político, la ficción de la nación y la pretensión del Estado de bienestar dotó a los individuos de una idea de pasado compartido y memorable, a su vez de un sueño de futuro que hizo posible la construcción de proyectos colectivos, de un “nosotros común” (Lechner, 2002). La escuela moderna, funcional al Estado, impuso también hábitos y disciplina, ‘civilizó’ transmitiendo saberes legítimos y domando los cuerpos, separó por edades y horarios, introyectó la norma y generó vínculos convenciendo a los futuros ciudadanos con la poderosa metáfora de la patria, la ciudadanía y la nación.

El salto del niño y del joven de una institución a otra no era traumático y se contaban con puentes claros: del hogar a la escuela, de ésta a la fábrica o al ejército, y por último al matrimonio. Los tránsitos eran posibles. Había seguridad respecto al camino a transitar. El techo era seguro. La certeza del origen y de la proyección en lo social era asimilada en las subjetividades modernas en un contorno claramente delineado y predecible. Aunque injusto para las mayorías, el abanico de opciones era pre-visible no obstante escaso; la identidad era un dato dado, nunca una elección.

La clase y el género se cernían más allá del espectro de las opciones individuales; escapar de su sujeción no era mucho más fácil que desafiar el lugar de uno en la ‘divina cadena del ser’ de la premodernidad... la autoafirmación de la mayoría de los individuos era la de ‘encajar’ en el nicho que se les había asignado, comportándose tal y como lo hacían los otros ocupantes (Bauman, 2002, pp. 38-39).

Cambios contemporáneos

En las últimas décadas distintos cambios parece que alteran la configuración de la subjetividad moderna. En primer lugar ha surgido una nueva economía a escala mundial. Algunos autores la denominan informacional y global para descifrar sus rasgos fundamentales y distintivos, y para destacar que

están entrelazados. Es *informacional* porque la productividad y competitividad de los elementos de esta economía dependen básicamente de su capacidad para generar, procesar y aplicar con eficiencia la información basada en el conocimiento. Y es *global* porque la producción, el consumo y la circulación, al igual que sus componentes (capital, mano de obra, materias primas, gestión, información, tecnología, mercados) están organizados a escala planetaria, bien de forma directa, bien mediante una red de vínculos entre los agentes económicos.

Es informacional y global porque, en las nuevas condiciones históricas, la productividad se genera y la competitividad se ejerce por medio de una red global de interacción. Y ha surgido en el último cuarto del siglo XX porque la revolución de la tecnología de la información proporciona la base material indispensable para esa nueva economía (Castells, 1997, p. 93).

La unión histórica entre la base de conocimiento-información de la economía, su ímpetu global y la revolución de la tecnología de la información es el que da nacimiento a un sistema económico nuevo y distinto.

Si bien crecen las posibilidades con la tecnología y el conocimiento de generar riqueza, también se dan inéditas y crecientes formas de exclusión y empobrecimiento. El nuevo panorama no es inclusivo ni halagüeño. Por ello se habla hoy de los *info-pobres*. La riqueza, hoy en día, toma la forma de apropiación de tecnología, y, el manejo del conocimiento, define uno y otro bando en la producción del capital (Castells, 1997). La reestructuración capitalista intensifica la desregulación, la privatización y el desmantelamiento del contrato social entre capital y mano de obra, con la ayuda de la innovación tecnológica y en pro de la flexibilidad y la adaptabilidad. Esta tendencia, hegemónica por el capitalismo, hizo de la información, el conocimiento y la tecnología una nueva realidad global y el nuevo centro virtual y real de la producción y la explotación.

Por otro lado, la reestructuración del capitalismo después de la primera y sobre todo de la segunda guerra mundial, a la vez que entró a alterar todas las facetas de la sociedad, modificó la estructura tradicional de producción (*fordismo*) centrada en los sistemas en serie y la especialización productiva, por la entrada de lo que algunos teóricos han llamado *toyotismo*, que privilegia la producción selectiva, flexible, descentralizada y deslocalizada. Esta revolución del capitalismo acentuada por la tecnología hace que el mundo esté cada vez más condicionado por fuertes oleadas globalizadoras motivadas por la expansión del capital,

a la vez que hace que sus brazos no tengan fronteras, ya que, a diferencia de los antiguos marcos de dominación, ahora las empresas poderosas abandonan las viejas prácticas coloniales para ingresar legalmente en los mercados nacionales de acuerdo a las ventajas y a los contextos, demandando flexibilización de las condiciones laborales, exigiendo apertura para sus productos y presionando para que las políticas públicas favorezcan sus onerosas condiciones de ganancia.

El grueso de la riqueza mundial se da mediante una nueva economía globalizada que funciona mediante empresas flotantes que se instalan temporalmente en ciertas regiones, mientras los factores de ganancia lo permiten, o mientras otras latitudes parecen más favorables (Mejía, 2006). Desde el Consenso de Washington en la década de 1990 los cambios en el modelo capitalista se definen en la restricción del papel regulador del Estado, en los derechos de propiedad intelectual para conformar un nuevo tipo de inversión y en la subordinación de los Estados a los organismos y agencias multilaterales.

Por su parte, en el mundo de la política, a la vez que se asiste a la forma como se erosionan los modos clásicos de entender la identidad, de participar y decidir, se experimenta la manera en que los marcos de acción nacional e internacional se amplían de forma tal que difícilmente se puede pensar en los destinos de una nación –especialmente pobre– sin la injerencia de agencias y naciones con poder político y económico transnacional. Con creciente fuerza, las políticas de los países se orquestan en las oficinas de instituciones internacionales. Las directrices del sur han de contar con el aval de algunas naciones del norte, vía presión de la deuda pública, entre otras. Por otro lado, las lógicas políticas en lo nacional se asientan más en encuestas de opinión y en etiquetas de imagen que en propuestas, contenidos y programas. Estas realidades de acuerdo con Lechner (2002) se dan por el desdibujamiento tradicional de lo político, que sucede fundamentalmente por la ausencia de un proyecto común a construir y la carencia de una memoria colectiva, aspectos que radicalizan peligrosamente la obsesión por el presente ante la sospecha fundada de no esperar nada del futuro, pues ni instituciones, ni aparatos, ni colectividades, ni agentes socializadores transmiten confianza en un proyecto colectivo válido por el cual empeñarse o luchar.

Estos puntos son cruciales para la maniobra de los movimientos sociales, pues, inevitablemente la carga política de sus reivindicaciones pierde fuerza, ya que, aunque la lista de peticiones y puntos de convergencia se amplían hacia esferas nuevas de lo social, la perspectiva de transformación sociopolítica o de cambio estructural se diluye.

A su vez lo cultural (símbolos, información, conocimiento) se vuelve fundamental en estas transformaciones, deviene en categoría clave para la comprensión de la sociedad contemporánea del mismo modo que los sociólogos consideraron *el trabajo* como concepto nodal para la comprensión del siglo XIX (Muñoz, 1999). Esta importancia de lo cultural es trabajada a profundidad por Martín-Barbero (2002) cuando describe lúcidamente el salto cualitativo que ha dado el capitalismo para la época en cuestión, pues su vocación mundial se hace realidad cuando se torna cultura. Las pretensiones del capitalismo se han modificado al convertir al mercado en el lugar de producción de la red social misma. Para este autor, este es el sentido en el que hay que entender las mutaciones que se inician: *no estamos en una época de cambios* –en eso llevamos más de un siglo– *sino en un cambio de época*. Época en la que lo cultural cambia de lugar, confluyen producción de sentidos y creación de conocimientos.

Se hace realidad la sentencia de Lipovetsky (1994): “la cultura cotidiana ya no está irrigada por los imperativos hiperbólicos del deber, sino por el bienestar y la dinámica de los derechos subjetivos; hemos dejado de reconocer la obligación de unirnos a algo que no seamos nosotros mismos” (p. 12). Para entender el anterior planteamiento es necesario hacer una aproximación a lo que Martín-Barbero (2002) ha llamado el ‘descentramiento cultural’, relacionado con las nuevas maneras de ver el tiempo y el espacio que rompen con fronteras establecidas, permitiendo a su vez una multilocalización de los saberes, es decir, no hay instituciones ostentadoras de éstos, sino que se legitima un nuevo campo *comunicacional* alimentado por variadas corrientes simbólicas que generan un nuevo contexto para aproximarse al entendimiento de lo que los sujetos viven. Estos aspectos son fundamentales para descifrar la conformación de las nuevas subjetividades.

También esta globalización cultural o mundialización del conocimiento (Ortiz, 2004) vuelve cada vez más borrosas las fronteras que delimitaban no sólo las disciplinas, sino el conocimiento académico y el conocimiento ‘vulgar’, el mundo de los niños y el mundo de los adultos, lo local y lo global, produciendo una deslegitimación de la segmentación de una institución que en otro tiempo definiera con fuerza la subjetividad: la escuela, que hizo separar el aprendizaje por edades y por horarios fijos. Esta transgresión además ocasiona una revisión de los estatutos institucionales de las figuras del saber y la razón, que hicieron que el maestro con el libro, como antes el sacerdote con la Biblia, fueran las fuentes de verdad y autoridad y pilares de la escuela tradicional.

Subjetividades posmodernas

En el orden de lo subjetivo, se asiste entonces a un desfundamiento de las instituciones que otrora dieron vínculo a los sujetos (Lewkowitz, 2004). El antiguo consenso social sobre el perfil del individuo a armar se rompe y el peso de las agencias tradicionales de socialización³ como la familia, la iglesia, los partidos o la escuela, cede lugar a nuevos escenarios como los medios de comunicación, las subculturas o las calles de la ciudad, que se ven cada vez más como determinadores de identidad, pautadores de valores y modelos de comportamiento. Y son las nuevas generaciones, especialmente, quienes decantan estas transformaciones culturales contemporáneas; son ellos los que se sienten menos identificados con las instituciones tradicionales y los que ponen en cuestión las normas antiguas de aglutinamiento. Hacen visible en sus atuendos, ritos y lenguajes, no sólo los nuevos códigos emergentes, sino las nuevas maneras de constituirse como sujetos (Martín-Barbero, 2004). El debilitamiento de los antiguos grupos sociales y del Estado-nación remite al resquebrajamiento de las subjetividades que se producían en ese contexto, pues “hablar de agotamiento de las instituciones es aludir a una pérdida: precisamente, la capacidad de instituir; las instituciones han devenido impotentes en su centenaria capacidad de producir reglas, sentido, lugares de enunciación” (Corea, 2005, p. 43), éstas han traslucido su incapacidad para generar subjetividad, o por lo menos no la esperada. Por ello se habla de la emergencia de subjetividades des-institucionalizadas, de infancias a la intemperie.

Las modificaciones en los criterios y en las formas de producción del capital, se traducen en lo social en la sobrevaloración de la innovación, el reinado de lo flexible, el desprestigio de la duración, del largo aliento. La adaptación, la versatilidad, el riesgo, la novedad, la oportunidad de negocio que naturalizan las empresas, se trasvasan a lo social y paulatinamente al campo subjetivo en las pulsiones por lo efímero, por la inconstancia, por el camaleonismo, por el zapping. “Sea cual sea la identidad que se busque y desee, ésta deberá ser –en concordancia con el mercado laboral de nuestros días– el don de la flexibilidad” (Bauman, 1999, p. 50). Nada dura para siempre, sólo el presente existe, vivir el momento, parecen ser las consignas que las subjetividades contemporáneas decantan de estas mutaciones. Esto no sólo altera la conformación del otrora núcleo familiar que contenía a los niños,

que en muchos casos crecen sin ninguna figura adulta que transmita las pautas culturales de socialización, sino que exacerba la tendencia de formación hacia dos nuevos polos de realización infantil: las infancias desrealizadas y las hiperrealizadas (Narodowski, 1999), es decir, por un lado niños que dado su rol y la pobreza en que viven tienen que pasar rápidamente a ser adultos, “microsujetos de derecho que alarman a nuestras buenas conciencias porque aparecen jurídicamente inimputables” (p. 53); y por el otro, niños sobreexcitados y entregados a la tecnología, ávidos de nuevas experiencias, de mundos virtuales y anestesiados por el cambio perpetuo y las luces de las pantallas.

La experiencia que el sujeto vive de su presente es clave para dimensionar la perspectiva de futuro, en la dimensión de lo político, y de aquí también salen insumos para entender el rompecabezas de la subjetividad actual. Para ilustrar este empalme sirven unas preguntas:

¿Con qué queremos que sueñe una juventud alimentada cotidianamente con el afán de lucro fácil, con el dinero y el confort como valores supremos, con la confusión del inteligente con el listo... con la corrupción como estrategia de ascenso tanto en la clase política como empresarial? ¿Qué entusiasmo por los proyectos colectivos le están transmitiendo las derechas y las izquierdas? (Martín-Barbero, 1998, pp. 23-24).

Este facilismo imperante y esta ‘ausencia de futuro’ (Parra, 1984) que viven las nuevas generaciones se expresa dramáticamente en la escuela, en la que, a diferencia del pasado, no existen motivos para esperar algo alentador luego de largas jornadas escolares y de exigentes mecanismos que certifican la graduación. Antes se giraba un “cheque en blanco” a los jóvenes escolarizados con la certeza de que iba a ser cobrado en el mundo laboral o académico por medio de un seguro ingreso a la universidad o al pleno empleo, hoy, este cheque se quedó sin fondos, la cuenta está cancelada, y no parecen existir motivos para soñar con un futuro distinto en medio de un presente aciago.

El papel del Estado-nación fue determinante para la antigua armazón de las subjetividades, pero hoy al replantearse su papel, las subjetividades pierden referente y se nutren de otras fuentes, de otras piezas disponibles en el medio. “El Estado no desaparece como cosa; se agota la capacidad que esa cosa tenía para instituir subjetividad y organizar pensamiento” (Lewkowitz, 2004, p. 11) y dicha posibilidad confiere su espacio al mercado, al marketing, pero además a las nuevas tecnologías y a los medios de comunicación, de allí que se empiece a hablar de subjetividades

3 Se entiende por socialización el proceso de “inducción amplia y coherente de un individuo en el mundo objetivo de una sociedad o en un sector de él” (Berger y Luckman, 1968, p. 166).

cyborg (Rueda, 2005) y subjetividades mediáticas (Corea, 2005).

Estas nuevas realidades atomizan la formación de las subjetividades, que apenas en emergencia indican que:

Nuestra subjetividad está diseminada, constituyéndose sobre múltiples circulaciones y disociaciones sociales colectivas, es decir, se acabó la ilusión de la mirada sólo desde la clase, ya que hoy somos todas pero no somos ninguna de esas subjetividades de manera exclusiva (Mejía, 2006, p. 178).

Por ello es adecuado hablar de subjetividades en plural, a lo largo de toda la vida, muchas de ellas utilizadas, recicladas y desechadas una vez cumplen su función.

En este marco, es posible detectar algunas características gruesas de estas subjetividades a la intemperie que vale la pena comentar: individualismo, consumismo y comunidad.

La sociedad globalizada que nos rodea impone un proceso creciente de individualización que es vivido como una opción diaria, como una conquista permanente. Hoy como nunca, las problemáticas sociales son vividas como responsabilidades individuales (Bauman, 2002), es decir, ante la desaparición de la responsabilidad del Estado, se crea el imaginario que la fortuna o la desgracia son costos personales que cada quien paga por su genialidad o su incompetencia para hacerse a un destino mejor. El asunto es que se imponen soluciones biográficas a contradicciones sistémicas, además, en palabras de Bauman

El apartar la culpa de las instituciones y ponerla en la inadecuación del yo ayuda o bien a desactivar la ira potencialmente perturbadora o bien a refundirla en las pasiones de la autocensura y el desprecio de uno mismo o incluso a re canalizarla hacia la violencia y la tortura contra el propio cuerpo (2001, p. 16).

El desarme de la conciencia colectiva, la apatía política, la falta de entusiasmo por proyectos colectivos, la reificación de lo íntimo, el culto al cuerpo, el desdén por transformaciones macro, la reclusión en la vida privada, la proliferación de manuales de autoayuda, probablemente son algunos efectos de esta poderosa tendencia.

Otra característica de estas subjetividades contemporáneas está definida a partir del consumo. Los sujetos ya no importan al Estado como ciudadanos sino en tanto consumidores, torciendo la lógica de los derechos exclusivamente al ámbito del consumo y legitimando así la estrechez política en la que democrática se reduce a escoger entre varias opciones,

a 'elegir candidato'. "El mercado libra a cada uno a su propia iniciativa y a su propia capacidad de hacer su vida, y bajo estas nuevas condiciones el Estado se convierte en un mero administrador de sus efectos" (Duschatzky, 2001, p. 131). No sólo parece que la única democracia posible es la del *reality show*, sino que parece normal que el Estado simplemente arbitre en las aparentes pujas y las crisis económicas. De esta manera el sentido común hace vivir la subjetividad política como el derecho a consumir múltiples ofertas, a reclamar por lo que se paga o el derecho a hacer visible particularidades subjetivas que puedan ser consumidas por cualquiera.

Pero por otro lado, también el consumo se vuelve una marca de distinción personal, pues,

Comprar objetos, colgárselos en el cuerpo o distribuirlos por la casa, asignarles un lugar en un orden, atribuirles funciones en la comunicación con los otros, son los recursos para pensar el propio cuerpo, el inestable orden social y las interacciones inciertas con los demás (García Canclini, 1995, p. 47).

Este consumo simbólico se vuelve en elemento nodal de las definiciones de las marcas identitarias contemporáneas y en los nuevos sentimientos de comunidad que se perfilan en estas sociedades. Lo estético es primordial, es la esencia de la emergencia de estas subjetividades; la importancia del color, la marca, la forma, del derecho a exhibir-se son elementos de distinción de las nuevas generaciones.

Surgen pues comunidades que hacen patente la experiencia y el consumo tecnológico; que dependen menos de lo racional y más de lo emocional y de lo estético; de transgresión a la tradición, al pasado y que por ello pareciera que disolvieran las memorias y los referentes históricos. Estamos frente a comunidades sensibles a lo audiovisual, a lo mediático, que compensan la atomización, la ilegitimidad y la dispersión del Estado y los macrorrelatos con ofertas de vinculación a grupos y subculturas. La pérdida de expectativas escolares y la estrechez del mercado del trabajo, se equilibran brindando a muchedumbres de jóvenes y niños otras formas de socialización y de acceso a los bienes de consumo.

Como respuesta a la falta de referentes comunes, a la carencia de proyectos colectivos o de 'pegamento social' (Durkheim, 1985) las nuevas subjetividades, especialmente urbanas, inventan otros lazos, tejen nuevos vínculos, novedosos ritos y diferentes maneras de construir su identidad a partir de los elementos que lo local o lo global les proporcionan. Es así que se constituyen nuevas formas de estar juntos en estas *tribus* (Augé, 1995) reales o virtuales, allí se expresa con un sentido vehemente lo microcolectivo y lo gre-

gario, porque comparten experiencias y rituales que consolidan un fuerte sentido de pertenencia.

Estas nuevas subjetividades, que apenas aparecen y que trazan el paisaje de las sociedades contemporáneas, operan de distinta forma en las dialécticas de inclusión-exclusión y de creación-adaptación que las definen y su perfil es imposible de generalizar, sin embargo, como tendencia, explican ciertas emergencias que se enclavan en contextos particulares y que para el caso colombiano, se cruzan complejamente con fenómenos como la violencia, la pobreza extrema y la exclusión social.

Estanislao Zuleta (1986), aprender a pensarlo.

Referencias bibliográficas

- Augé, M. (1995). *Hacia una antropología del mundo contemporáneo*. Barcelona: Gedisa.
- Bauman, Z. (1990). *Pensar sociológicamente*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Bauman, Z. (1999). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa.
- Bauman, Z. (2001). *La sociedad individualizada*. Madrid: Cátedra.
- Bauman, Z. (2002). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Berger, P. y Luckman, T. (1968). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bourdieu, P. (1990). *Sociología y cultura*. México: Grijalbo.
- Bourdieu, P. (2000). *Cuestiones de sociología*. Madrid: Itsmo.
- Bourdieu, P. (2002). *Lección sobre la lección*. Barcelona: Anagrama.
- Castells, M. (1997). La era de la información. *Economía, sociedad y cultura*. Vol. 1. La sociedad red. Madrid: Alianza.
- Corea, C. (2005). El desfundamiento de las instituciones educativas. Subjetividad pedagógica, subjetividad mediática, subjetividad informacional. En Corea, C., Lewkowitz, I. *Pedagogía del aburrido. Escuelas destituidas, familias perplejas*. Buenos Aires: Paidós.
- Durkheim, E. (1985). *La división del trabajo social*. Barcelona: Planeta-Agostini.
- Duschatazky, S. (2001). Todo lo sólido se desvanece en el aire. En Duschatazky, S., Birgin, A. (comps.). *¿Dónde está la escuela? Ensayos sobre la gestión en tiempos de turbulencia*. Buenos Aires: FLACSO, Manantial.
- Duschatazky, S. y Corea, C. (2002). *Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*. Buenos Aires: Paidós.
- Elias, N. (1990). *La sociedad de los individuos*. Barcelona: Península.
- Foucault, M. (1990). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI.
- García Canclini, N. (1995). *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México: Grijalbo.
- Gimeno, J. (2001). *Educar y convivir en la cultura global. El desafío de la ciudadanía*. Madrid: Morata.
- Lechner, N. (2002). *Las sombras de mañana. La dimensión subjetiva de la política*. Santiago de Chile: Lom.
- Lewkowitz, I. (2004). *Pensar sin Estado. La subjetividad en la era de la fluidez*. Buenos Aires: Paidós.
- Lipovetsky, G. (1994). *El crepúsculo del deber: la ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*. Barcelona: Anagrama.
- Martín-Barbero, J. (1998). Jóvenes: des-orden cultural y palimpsestos de identidad. En Cubides, H., Laverde, M., Valderrama, C. (eds). *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Bogotá: DIUC-Universidad Central, Siglo del Hombre.
- Martín-Barbero, J. (1999). La educación en el ecosistema comunicativo. *Revista Comunicar. Colectivo Andaluz para la educación en medios de comunicación*, 13. Andalucía, Octubre.
- Martín-Barbero, J. (2002). *La educación desde la comunicación*. Buenos Aires: Norma.
- Martín-Barbero, J. (2004). Una escuela ciudadana para una ciudad-escuela. *Revista Educación y Ciudad*, 6. Cátedra de Pedagogía: Bogotá, una gran escuela 2004. Bogotá: Idep, Alcaldía Mayor de Bogotá.
- Martín-Baró, I. (1997). *Acción e ideología. Psicología social desde Centroamérica*. San Salvador: Universidad Centroamericana José Simeón Cañas.
- Mejía, M. (2004). La globalización educativa reconstruye el sujeto de la modernidad. En Laverde, M.; Daza, G.; Zuleta, M. *Debates sobre el sujeto. Perspectivas contemporáneas*. Bogotá: Universidad Central-DIUC, Siglo del Hombre.
- Mejía, M. (2006). *Educación(es) en la(s) globalización(es) I. Entre el pensamiento único y la nueva crítica*. Bogotá: Desde abajo.
- Muñoz, G. (1999). Cultura de los derechos humanos en la escuela desde una perspectiva juvenil. En *Derechos*

jóvenes. Serie de documentos N° 3. Santafé de Bogotá: CEPECS, diciembre.

Narodowski, M (1999). *Después de clase. Desencantos y desafíos de la escuela actual*. Buenos Aires: Novedades educativas.

Ortíz, R (2004). *Mundialización y cultura*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.

Parra, R. (1984). *La ausencia de futuro. La junta colombiana*. Bogotá: Plaza & Janés.

Rueda, R. (2005). Subjetividades cyborg: ficciones y posibilidades para una tecnoreistencia. En *Seminario Internacional ¿uno o varios mundos posibles?* Bogotá: Universidad Central-IESCO, junio 7 al 10 de 2005.

Sennett, R. (2006). *La cultura del nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.

Taylor, Ch. (2004). *Imaginario sociales modernos*. Barcelona: Paidós

Torres, A. (2006). Subjetividad y sujeto: Perspectivas para abordar lo social y lo educativo. *Revista Colombiana de Educación*, 50. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.